

**!!! Rafael !!!**

Este capítulo debiera tener las proporciones de un libro, pero por muchos deseos que tenemos de hacer el estudio sereno y reposado de lo que es y significa en el toreo este torero singular, la pelea que alrededor del *Gallo* existe siempre nos distrae de nuestro propósito y nos lleva á este otro terreno tan de nuestro gusto.

Rafael es un torero completamente aparte, al que ninguno se parece, con el que no hay modo de comparar á los demás, por buenos que éstos sean.

Es otra cosa, vamos.

Refirió el *The Kon Leche*, comentando la faena del 2 de Mayo, que su director *Kurro Kastañares* le preguntó á no sé cuál aficionado;

—¿Qué te ha parecido Rafael?

—Que es de otra raza —le contestaron.

—De otra raza. No hay quien lo mueva.

—Es que Rafael —dice Joselito— cuando se pone á estar bien nos borra á tós.

Y esta es la opinión de toda la torería.

—Lo que hace el *Gallo*—os dirán los toreros á quienes preguntéis—no hay quién lo iguale.

Al día siguiente de dar el *Gallo* por primera vez el pinturero pase de farol, me dijo cierto torero:

—Ese pase es invención mía.

Y al domingo siguiente quiso darlo, y se hizo un lío; se llevó la montera envuelta en la muleta, se sacó la raya con el estoque y á poco más se rebana la cabeza.

Estéticamente, el *Gallo* es la gracia.

—Desengañese usted —le decía cierta vez el muy alto y poderoso señor marqués de Brandomín, D. Ramón María del Valle Inclán, á ese empecatado Pérez de Ayala, que siendo uno de los espíritus más cultivados y exquisitos de los maestros nuevos, se empeña en pasar plaza de hombre de mal gusto con su bombismo, porque en materia de toros, él, tan enamorado de la Belleza sufre una aberración parecida á la de aquellos maridos que, teniendo una mujer her-

mosa, se echan una amante horrible.—Desengañese usted, el *Gallo* es la gracia, y la gracia es una cualidad excelsa que hace á un artista superior á los demás. La gracia es el ropaje de la Belleza.

Técnicamente, el *Gallo* es un torero más largo que todos los toreros juntos.

En total el *Gallo* es una de las mayores paradojas que se pueden imaginar.

Tiene los más graves defectos que imposibilitan á un hombre para ser torero. Es pequeño de estatura, corto de brazos, débil de piernas, no está bien "construido", le falta salud, y, por tanto, vigor. Y hasta tiene calva.

Y, sin embargo, en la plaza, vestido de luces y girando ante un toro, es bien plantado, es airoso, es gallardo.

El capote en sus manos es como un abanico en manos de una coqueta.

Ese capotillo pequeño y ligero que usa el *Gallo* y al que hace ondular á capricho, ya abriéndose en todo su vuelo como la pomposa cola de un vanidoso pavo real, ya cayendo en armoniosos pliegues como el peplo de Helena, ó flameando picaresco como la capa de Don Juan, es una inagotable fuente de sorpresas.

¿Os acordáis de lo que dijo *Guerrita*?

—Cuando Rafael sale con el capote pa el

toro nunca sabe usted ni puede presumir lo que va á ver. Es siempre lo inesperado. Con los demás canta usted el golpe antes; con éste, no. Siempre está inventando.

A pesar de todos los escándalos que hay ahora por ahí, sus verónicas que el *Gallo* da con el capotillo muy recogido, hacen vibrar la plaza de admiración. Él es casi el único cultivador que queda de la airosa navarra.

En los quites tiene un repertorio tan alegre, tan variado, tan vistoso y tan torero como no lo tuvo nadie. Y encima "siempre está inventando".

Y más encima es también el único cultivador de la larga. Siempre que puede quita con largas.

Torear con una mano es señal de gran torero.

Rafael no utiliza sólo la larga como adorno airoso con que se remata un quite según es uso, sino que, siempre que puede, la emplea para quitar; tiende la tela cuando el toro está embebido en el caballo, y luego, en el momento oportuno, le saca con una larga lagartijera, cambiada por bajo, estilo *Guerrita*, afarolada ó rebolera... cuando no mezcla dos estilos iniciando con uno y rematando con otro.

Hace tres años, en una de las corridas de la

feria sevillana, entró un toro á Pino, hincóse de rodillas detrás del cornúpeto el *Gallo*, tendió el capote, y cuando cayó el picador llamó al toro y lo sacó con una lagartijera, tan ceñida que al rematar tuvo que salirse andando de rodillas dos ó tres pasos para que el toro no lo empitonase con sólo mover la cabeza.

Cuando, concluída aquella feria, venía para Madrid la cuadrilla de Rafael, presentóse en la estación de Córdoba *Guerrita* en busca de Pino.

—Pino, he venio á que me digas cómo fué ese quite, porque me lo han contaó y no lo he querido creer.

Y así que Pino se lo hubo referido, comentó Rafael II:

—Es un torero de non.

Después, el año anterior y este de 1914, se lo hemos visto repetir en Madrid varias veces con igual admiración que la que manifestó el *Guerra*.

El lancear con largas era un estilo de toreo que desde *Guerrita* acá se había ido perdiendo. Cuando más, se tiraba una rebolera ó una larga por bajo para rematar un quite con unos golpes de caderita; pero *sacar* con largas como hacía *Lagartijo*, había pasado á la historia, y se hubiese enterrado definitivamente á no ser por el *Gallo*.

Rafael tiene el sello de los grandes toreros, que es la invención, el dominio y la afición al toreo al natural: las verónicas, las largas, el pase natural y el pase en redondo.

En lo más fuerte del furor por la media verónica belmontina, se la hemos visto dar á Rafael de rodillas (y también á José).

Donde yo campo  
Denguno campá.

Clásico como el más clásico... y romántico como él sólo.

Con las banderillas es la quinta esencia de la finura. Parea en todos los estilos superiormente y ha traído la novedad del trapezio que es un adorno muy vistoso. Y este año ha dado en la plaza de Madrid el mejor quiebro que se ha visto hace mucho tiempo. ¡Como que después no quiso hacer esta suerte Joselito! Naturalmente, yo no he visto á Antonio Carmona más que en las estampas y entrar y salir en el matadero de Sevilla á las horas de oficina, porque gracias á Dios no pertenezco á la edad de piedra, ni siquiera á la del hierro dulce, ni aun á la del alambre galvanizado, lo cual ya sabemos que es un grave inconveniente para estar en los toros con la debida compostura; pero jovencito y todo como soy, creo y sosten-

go que no ha dado el *Gordito* quiebro igual y desde luego mejor que el que dió el *Gallo*, después de cambiar Gaona, en la corrida de la Cruz Roja celebrada el 2 de Junio del año de remuchísima gracia que corre desbocado como si tuviera mucha prisa.

El año último, una tarde en la feria de Sevilla, después de alegrarnos la vida con verdaderas preciosidades en la faena de quites á cierto famoso toro de Santa Coloma, escuela del arte de torear de capa, cogió el *Gallo* los palos y comenzó á jugar con el bravo colorado del Conde, haciendo mil monadas y desplantes.

—¿Estamos en los titeres?—le preguntó desde el tendido un espectador de la clase de serios.

Y Rafael por toda respuesta cita, aguanta una enormidad, y sin mover los pies y haciendo el quiebro con la cintura, mete un soberanísimo par en todo lo alto de lo más alto, y al salir frescamente de la suerte se vuelve hacia el tendido y hace señas al interruptor como interpeándole:

—Oiga, amigo, ¿esto son titeres?

Y con la muleta no hablemos.

Háganlo por nosotros esas magnas faenas, que han levantado el pedestal de su gloria y

tornado el toreo á los buenos tiempos. Aquellas de Madrid, estas de Valencia, las otras de Sevilla, las de Barcelona, Málaga, Bilbao, San Sebastián, etc.; el toro de la Guerrero, el Miura de Valencia, aquel Palha, el otro Parladé; los pases en silla que nadie había dado, los naturales pasándose la muleta por la espalda, también de su invención y esos otros imposibles de calificar que repentiza cuando menos se espera, dando á su trabajo una novedad, una variedad y una alegría que hacen la desesperación de sus enemigos, que, no sabiendo cómo ponerse en evidencia una vez más, llaman á eso toreo de circo, por la misma razón que han llamado rondeño al muleteo con la derecha, de trinchera y rodillazo.

¿Pues y temprar? ¿Han visto ustedes alguien que temple con el capote ó la muleta como temple el *Gallo*; llevando á los toros empapados en los vuelos de la tela suavemente, *amablemente*, sin molestias ni violencia para que no se le acaben? Acaso por eso el *Gallo* puede estar toreado tanto rato á los toros sin cansarlos ni aburrirlos, lo que no les ocurría á otros famosos dominadores.

Gracias á la magia de esa muleta única, sin rival y sin igual, han vuelto á sonar en las plazas aquellas voces que no se oían desde

los tiempos gloriosos de *Lagartijo* y *Guerrita*:

—¡No lo mates, no lo mates! ¡Torea, torea!—grita el público al *Gallo* embelesado con el arte supremo del gitanazo.

Y es, amigos míos, que el *Gallo*, como hemos dicho tantas veces, es un torero aparte, con una concepción del toreo exclusivamente suya, distinta de la de los demás.

Los otros toreadan; el *Gallo* hace arte.

Una cosa es instinto y valor para ejecutar algunas suertes, y otra la ciencia y el arte del toreo.

El *Gallo* es la personificación del toreo de brazos; más aún, del toreo de muñeca, porque él torea sin esfuerzo alguno, y sólo jugando la muñeca; á veces dijérase que sin mover el brazo y sólo con lo que manda aquella muñeca flexible y ordenadora.

Y además, se arrima á los toros más que nadie y pisa un terreno que nadie ha pisado.

Yo he visto este año en la feria de Córdoba á Rafael metido en la cuna de un Medina Garvey, cornalón y calamocheador, dejando tranquilamente que los cuernos jugasen no ya con los alamares, sino con el forro de la chaquetilla; y he visto á *Guerrita*, que estaba á mi lado, volver la cabeza, cediendo á un movimiento involuntario de temor, y exclamar:

—¿Qué jases? ¡Que te va á lastimar ese roío pol tall!

Otra particularidad tiene el *Gallo* con la muleta. Todos los toreros alían los toros, ahorman la cabeza de los toros para entrarles á matar; él los ahorma para torearlos. Así se le vé dar esos pases de pitón á pitón, con una y otra mano con que empieza muchas faenas, dejando un rato la muleta en la cabeza de los toros "pa que corneen a gusto y se desengañen", y luego de ahormarlos por este procedimiento que no "le ha cogido" ningún torero, fuera de su hermano, los torea á su sabor y á nuestro gusto.

Á los toros que tienen la cabeza alta y sin querer bajarla, el *Gallo*, rompiendo con la rutina de la ignorancia, comienza pasándolos por alto, contra la creencia general equivocada, que opina que debe pasárseles por bajo desde luego. Rafael, que aprendió de su padre que á los toros hay que engañarlos para desengañarlos, cuando se tropieza con un bicho de estas condiciones, comienza ofreciéndole la muleta tan alta como la desee, para que se *hinche* de tirar cornadas violentas al aire, y después, cuando tiene al toro convencido de que por las alturas no hay nadie á quien molestar, se pone á pasarlo por bajo con mucha suavidad para no molestar al sujeto, que, "engañaíto

del tó", por lo mismo que antes le desengañaron, se deja conducir por donde quiere el hipnotizador.

Algunas veces hay aficionados y revisteros que se engañan al verle torear así, y escriben una objeción: "El *Gallo*, completamente equivocado, se pone á torear por alto al toro, que tiene la cabeza en las nubes, y luego se entera y lo pasa por bajo, que es lo que debió hacer desde el principio."

Si el toro se hubiese dejado mandar así, añadimos nosotros, permitiéndonos esta pequeña adición al juicio del revistero que cree posible que el *Gallo*, que sabe más de toros que el inventor de los cuernos, sufra equivocaciones de tanto bulto y no vea lo que alcanzan á divisar los ciegos desde el abrigo del tendido.

Hace dos años tropezóse en una corrida de feria en Valencia con un astrónomo de Miura que no quitaba el telescopio del cielo, aunque se lo pidiese *el capellá de les roques*, que es la persona más cumplida de la encantadora ciudad del sol, las flores y las mujeres.

Salió el *Gallo* á matar, encaróse con su enemigo y le presentó la muleta altita, como la quería el otro, que de la primera cornada partió la franela por gala en dos, como si por astas tuviese dos bien vaciadas navajas de afeitar.

Dióle Antonillo su mozo de estoques otra muleta al torero y á los dos segundos se la devolvían como la anterior; entregó la tercera y lo mismo; otra y ya sabe usted.

—¿Qué fás, home?—le gritó un huertano desde el tendido.—¡Te vas á arruinar!

—El que se está buscando la ruina es el toro—contestó el *Gallo*.

Y efectivamente, al cuarto golpe, el miureño estaba como una seda, y Rafael pudo hacer una de sus grandes faenas de que todavía están hablando los aficionados que la presenciaron.

\*\*\*

Naturalmente, Rafael tiene sus defectos. ¿Sería hombre si no? Ahora, que ningún torero posee la cantidad de arte y ciencia que el *Gallo* tiene para compensarlos y borrarlos en absoluto, dejando sólo visibles las excelsitudes que constituyen lo saliente, la personalidad artística de Rafael.

Los defectos del *Gallo* no son ni más ni menos que los que tienen y han tenido otros toreros.

Como el mayor de todos se han cotizado sus huidas. ¿Pero es que los demás no huyen, no tienen también momentos de temor en que

se sienten dominados por la fiera, en vez de ser ellos los dominadores? Lo que hay es que, como los otros tienen unas facultades de que el *Gallo* carece, pueden hacerse los hipócritas, mientras que Rafael está imposibilitado de disimular y cuando el torito se pone "geré" tiene que salir huyendo... y cuanto más de prisa mejor.

Para eso, inmediatamente demuestra tener más facultades de las otras que ninguno.

Conviene tener muy presente, para juzgar con exactitud al *Gallo* y no atribuir á miedo lo que obedece á otras causas, que el 98 por 100 de sus fracasos los ha tenido con toros chicos, lo cual, ó acá no sabemos matemáticas ni metafísica, y mienten todas las reglas astronómicas ó quiere decir que eso tiene tanto que ver con el miedo como la suerte de picar con el inventor del aceite de bellotas.

El principal defecto de Rafael es la hora de matar... Y, sin embargo, el *Gallo* es uno de los toreros que cuando dicen "¡já matar!" tiene más bonito, más clásico, más puro estilo de matador.

Claro que esto puede hacerlo Rafael muy pocas veces—y de nuevo tenemos que referirnos para explicarlo á la condenación de su mala salud y su carencia de fuerzas, que han

hecho de este hombre en el ruedo un milagro patente—, pero cuando el *Gallo* puede decir “¡Allá voy!” no hay quien mejore la muerte de aquel toro.

Considerad que Rafael es uno de los contadísimos toreros que recuerdan de vez en cuando la suerte de recibir.

Yo tengo en mi bien surtida colección de fotografías taurinas una serie de estocadas del *Gallo* que, cuando se haya olvidado el toreo, constituirá la explicación más completa de la teoría y práctica del volapié. Los clisés son de diferentes toros y en todos se vé lo mismo: el *Gallo* perfilado clásicamente; muy cerca; con el pitón izquierdo; la mano del estoque apoyada en el pecho. Luego se le ve *volcado* en el toro, que va mandado en la muleta; doblada la cintura sobre el pitón; el pie izquierdo apoyado completamente en el suelo; de “puntillicas” el otro; la mano derecha pegada almorrillo.

Ustedes dirán.

Antes no se podía hablar de esto más que entre contados buenos aficionados, pero desde que este año Rafael ha vuelto á ser dueño de sí; el público, que antes no se diera cuenta de ello, ha descubierto también esta otra novedad, y ya es cosa corriente en los comentarios aquello de:

—¿Ha visto usted que este año el *Gallo* mata más pronto?

—Sí, señor, y que ha matado muy bien muchos toros.

¡Como que si él pudiera!... ¡Si, esas pícaras fuerzas!...

Cuando yo digo que el *Gallo* es superior á los demás toreros no se ha de entender la afirmación despectivamente para éstos. Hay otros toreros muy buenos, y todo el mundo sabe quiénes son sin necesidad de nombrarlos ahora, y á mí algunos me gustan mucho y los aplaudo con verdadero entusiasmo; pero esto mismo aumenta el mérito de Rafael que no es el rey tuerto de una tierra de ciegos, sino el artista superior en un reino de maestros.

Vamos, que el *Gallo* es la sala de Velázquez del Museo taurino.

Entra usted allí y si le dan á elegir no sabe qué cuadro llevarse.

Rafael Gómez el *Gallo* ha pintado las “Meninas” del toreo.

Sólo que los aficionados no acabamos de ponernos de acuerdo sobre si las “Meninas” de Rafael es la faena memorable, ÚNICA del 15 de Mayo de 1912 en Madrid”, la del toro de Santa Coloma de la feria sevillana de Abril de 1913, la rondeña pura, sin mezcla de mal algu-



no, ejecutada en Madrid el 5 de Octubre del año pasado, la de Barcelona de Abril último, el 22 de Mayo de 1913 en Málaga ó... como afirma el *Gallo*, la de la despedida del *Minuto* en Valencia... ó etc., etc., etc., etc... y 257.519 etcéteras.

Es que muchas veces hemos visto á Rafael á caballo en el celaje, asombrando á las gentes é imponiéndose á todos con sus fantasías de artista, y siempre, cuando al final de una de estas páginas áureas que sólo él es capaz de trazar, el cansancio de aplaudir deja espacio á los comentarios, se preguntan los espectadores admirados:

—¿Esta faena de Rafael el enorme, es mejor que aquella otra, ó la otra, y la otra, y la otra, tuyas?

Y nadie puede contestar, porque este gran artista, en quien se reúnen en íntimo y feliz consorcio el clasicismo más riguroso y disciplinado y el romanticismo más atrevido, más inquieto y más revolucionario, por no parecerse á nadie ni aun semejarle á sí mismo.

Es, sencillamente, que hay mucha diferencia entre torero, y dedicarse á torero. Es que en manos de Rafael el toreo es otra cosa. Es que el toreo de Rafael es la dignificación del toreo. Es que no es toreo, sino arte.

Un arte en que se juntan la firmeza, la seguridad, la realidad del dibujo, de la luz y del color de Velázquez; el atrevimiento y la verdad de Goya, y la suavidad, la delicadeza y lo exquisito de Leonardo de Vinci.

El capote y la muleta de Rafael son armonía y majestad, y el *Gallo* toreando tiene toda la belleza, la nobleza, la sencillez, la gracia y la elevación de la estatuaria griega.

Es único.

Es discusión.

Es apasionamiento.

Es ira.

Es entusiasmo.

Es arte.

Es, en fin, asombro.

Es él.

Y además, un día de buen humor, sus papás le trajeron de París un hermanito que se llama José.